

meras descripciones, detalles de la vida, datos y documentos. Esto será, en todo caso, historia ó estadística criminal; pero de ningún modo novela. Así y todo, este es hoy el género literario que prevalece y cuenta mayor número de cultivadores. De ellos, hay algunos que entienden el naturalismo muy de otra manera, y no le siguen en su parte nauseabunda y corruptora. ¿Quién, por ejemplo, podrá confundir el cieno de los naturalistas franceses, con el oro purísimo que brilla en los realistas libros, llenos de colorido local, del inimitable y bizarrísimo pintor de costumbres montañesas, el simpático Pereda?

Y á propósito del naturalismo, hemos de recordar aquí la sorpresa que experimentamos hace poco, al recibir y leer el último libro de la más insigne de las escritoras españolas de nuestros días, la de más vigoroso y personal estilo, y de mas varia y selecta doctrina: *la Cuestión palpitante*, de D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán. Todo lo esperábamos, menos una entusiasta apología del sistema naturalista. Por su sexo, por sus ideas sanas y cristianas, por su delicado buen gusto, por sus preferencias literarias en otros libros patentes, y hasta por haber nacido en blasonada cuna, creíamos que la hija de los marqueses de Pardo Bazán no había de simpatizar, ni siquiera en teoría, con un género literario, tan en contraposición al parecer, con las aficiones de una dama de esquisito paladar, católica y aristócrata por mas señas. De hoy mas, el naturalismo tiene en España un adalid que vale por cien. Pero creemos que su admiración por los naturalistas franceses será puramente teórica y platónica, pues en la práctica, esto es, en sus bellísimas novelas, no ha seguido la señora de Pardo Bazán las vías tortuosas por donde andan aquellos autores ni es probable las siga en las que en adelante publique. Y basta de naturalismo, que ya esta digresión se ha prolongado con exceso.

Del estilo de libro de Cánovas poco hay que hablar. Sobrio y apacible, cual conviene á la historia, adquiere á veces deshusada animación y energía. Castizo sin afectación académica posee aquella *elegante sencillez*, tan difícil de adquirir, y que es patrimonio exclusivo de los buenos escritores.

Tocante al desempeño del plan, solo diremos que llena cumplidamente su título. *El Solitario y su tiempo* es en suma, un retrato de cuerpo entero de D. Serafín Estébanez Calderón y su época, hecho de mano maestra y con verdadero *amore*.

Pertenece a la escogida *Colección de escritores castellanos*, que en Madrid edita con singular discreción el joven académico de la Española D. Mariano Catalina, é imprime el Sr. Pérez Du-

brull, con el esmero y elegancia que tiene acreditados.

Al terminar este ligerísimo artículo, asáltanos el temor de que tal vez haya quien encuentre hiperbólicos los elogios que hemos tributado á la obra del señor Cánovas, y diga, que no hemos sabido ver sino bellezas. Defectos hay sin duda, como en toda obra humana; y no es nuestra admiración tan ciega, que aprobemos sin reserva todos los dichos y apreciaciones tuyas, y en especial sus pareceres en materia política; pero son esas cuestiones para nosotros tan secundarias, y van eclipsadas por méritos literarios de tan subido precio, que no hemos de enumerar aquí los puntos en que disintimos del ilustre biografo de *el Solitario*. A más, la ocasión de aplaudir un libro nuevo escrito en castellano se ofrece raras veces, pues por desgracia nuestras prensas no publican, generalmente, sino librejos insulsos y traducciones desdichadas, obra de escritorzuelos chirles; y no es de estrañar, por tanto, que cuando cae en nuestras manos un libro hondamente pensado y donde se hable bien el idioma, hallemos especial gusto y fruición en ensalzarlo como es debido. Bien, pues, por el señor Cánovas, y felicitémonos de que su alejamiento del poder le haya proporcionado el vagar y reposo necesarios, para enriquecer las patrias letras con trabajo tan primoroso.

JOAQUÍN BORRÁS DE MARCH.

## LAS DOS CORONAS

BALADA

¡Vanidad! tienes nombre de mujer.

I

¿Qué buscas, regia matrona?  
Dime, ¿qué buscas aquí?

—¡Solo busco una corona  
Que sea digna de mí!

Quisiera que sus colores  
Fuesen los de un arrebol,  
Para causar con mis flores  
La envidia del mismo sol.

¡Mas me canso noche y dia  
De correr por el vergel!...

—¡Pues acepta, vida mía  
Mi corona de laurel!

—No la quiero, que me asusta  
Su tristeza singular,

Y ni su sabor me gusta,

¡Que es amargo como el mar!

—¿Acaso ignoras, hermosa,  
Que resiste al vendabal,

Al vendabal que á la rosa  
 Deshoja al pié del rosal?  
 —Verdad es, pero mis sienes  
 Reclaman otro color,  
 ¡Y el del laurel que tú tienes  
 Es triste como el dolor!

## II

Al fin, como las hermosas,  
 Mí hermosa se coronó  
 Con las más alegres rosas  
 Que en el vergel encontró.  
 Mas pasó un día, y el viento,  
 Que no amedrenta al laurel,  
 Arrebatóle al momento  
 Las cien rosas del vergel.  
 Y á las rosas purpurinas,  
 Aquel soplo convirtió,  
 ¡En la corona de espinas  
 Que su frente ensangrentó!

## III

Mujeres: si una corona  
 Anhelaseis inmortal,  
 Recordad que mi matrona  
 Maldice aun el rosal.  
 Pues las rosas más divinas,  
 Con dar tan grata ilusión,  
 ¡Deshojadas son espinas  
 Que llegan al corazón!

ISIDORO FRIAS FONTANILLES.

## LA MUERTE DE UN JUSTO

UN hombre moría.  
 Pero no quería morir y hacía pinitos como los niños, es decir, caía y se levantaba para volver á caer.

No se moría tampoco de viejo, aunque no era jóven; se moría simplemente de vicioso.

—¡Pobre hombre! exclamó un duque, compadeciéndolo ó no; está muy achacoso y se morirá pronto.

Y aunque lo dijo en lo privado hubo de trascender á lo público su dicho y llegó á oídos del que se moría y no quería morir.

—¡Oh! exclamó á su vez éste en son de cólera. Viviré, mal que le pese, viviré lo suficiente para verle morir á él desesperado, ya que á tanto se atreve.

Y añadió con más encono volviéndose á los que tenía detrás:

—¡Hola!

—¡Señor!

—Llebad á la torre al duque y dejadlo allí á pan y agua hasta que se muera.

Y dicho y hecho; llevaron al duque á la torre y lo dejaron á pan y agua hasta que se muriera.

Pero ¿quién era aquel hombre que así disponía de la vida de tan alto personaje?

No era un hombre; era un rey, y como tal rey era en aquella época señor de vidas y haciendas.

Mató ó mandó matar durante su reinado:

Dos reinas.

Dos cardenales.

Tres arzobispos.

Diez y ocho obispos.

Trece abades.

Quinientos frailes.

Setenta y cuatro canónigos.

Cincuenta doctores.

Cuarenta magnates ó títulos de nobleza.

Trescientos treinta y cinco nobles de menor cuantía.

Ciento veinticuatro hombres de clase media.

Y ciento diez damas de condición.

Lástima que no se hubiera averiguado asimismo el número de los miserables que también mató ó mandó matar, aunque no creemos fueran muchos relativamente, no ofreciendo el gran estímulo de la confiscación.

Y ¿qué rey era ese que así degollaba á sus vasallos y hasta á sus vasallas?

No era un rey; era un monstruo... un monstruo que no quería morir, después de haber hecho morir á tanta gente.

Sin embargo, se moría, haciendo bueno, á su pesar, el dicho del duque preso á pan y agua, y mala por consiguiente su justicia, que por lo regular no tenía forma de proceso ó era una forma amoldada á su justicia.

Todos pensaban ya en la muerte próxima del rey; pero con tan ejemplar castigo á la vista ¿quién había ya de atreverse á decirlo?

Alguien, sin embargo, hubo con el valor necesario para cometer este crimen de lesa majestad, y no así como quiera, sino frente á frente del mismo interesado.

Pero tenía tal y tanto valor, porque contaba de antemano, sino con la indulgencia, con la impunidad.

Era al médico de cabecera.

No podía ser otro el héroe de esta acción.

Podía ser también otro: un loco.

Pero no era un loco, sino el sensato doctor.

—Señor, le dijo gravemente después de tomarle el pulso y verle la lengua y palparle el vientre; señor, los reyes, como los mendigos, son mortales...

El rey se incorporó súbitamente y miró al doctor con extraviados ojos, y en ojos y en labios con